

Luis H. Antezana Juárez

Sobre la lectura

En los últimos años, la Teoría Literaria ha prestado creciente atención al papel del lector en el hacer literario; últimamente, la lectura aparece como un objeto privilegiado de las investigaciones literarias. Es de sentido común que un libro poco o nada significa si alguien no lo lee. Leer hace vivir las significaciones del texto que encierra un libro. Leer -se ha dicho- despierta al libro. Sin una lectura, un libro es un objeto más entre otros, como anotaba Borges en El elogio de la sombra. Bajo estas motivaciones, las Teorías de la Lectura (TL) tienden a caracterizar el hacer literario en íntima y directa relación con el acto-de-leer, el lector la lectura. El carácter más o menos "objetivo" del libro les parece una abstracción sin mayores sentidos, una mera ficción teórica.

Es cierto que, a un cierto nivel de los rituales sociales, le podemos encontrar una función social al libro como objeto, independientemente de una lectura o un lector. El libro es también un objeto de ostentación o de adorno, algo que poco o nada tiene que ver con sus significaciones internas. Lujosas ediciones de La divina comedia viven en estrictos anaqueles ya sin Infierno ni Paraíso. Están ahí como un agradable diseño en la pared. Se diría que, en tales casos, prima una cierta "cosificación" del libro y éste se confunde finalmente con otros tantos objetos meramente decorativos o funcionales. Ciertamente, no es esta función social del libro una que interese a las TL. Pero tampoco es esa la única forma "objetiva" que puede tener un libro.

Al interior de la Teoría Literaria se han propuesto objetivaciones formales del libro, que lo consideran como algo autónomo, capaz de ser estudiado en sí mismo, independientemente de condiciones externas y, entre ellas, independientemente de un posible lector. Ahí, en el mejor de los casos, el lector -la lectura- es un medio para construir la autonomía significativa del libro, pero no un factor activo y determinante tal como aparece actualmente en las TL. El Libro tal como lo persiguió Mallarmé, como un universo autónomo, casi como una alternativa o un equivalente al mismo mundo real, sería el ideal de ese tipo de objetivaciones. Con todo, la visión del sentido común señalada más arriba no andaría muy lejos del real funcionamiento del hacer literario; aquí y allá, de muy distintas maneras, la lectura ha estado siempre presente en la constitución de lo que llamamos un libro, una obra, un texto literarios. A manera de apólogo, examinemos brevemente algunas de las dinámicas lectoras de El Quijote.

El Quijote permanece ejemplar respecto a los múltiples efectos que la literatura puede tener en sus lectores y viceversa. Desde el "desocupado lector" del Prólogo, El Quijote puede considerarse como un complejo modelo de lo que la lectura implica en el hacer literario. No sólo desvarían los libros de caballería al hidalgo caballero, sino también originan la serie múltiple de sus aventuras; más aún -como ocurre notablemente en la Segunda Parte- los personajes son lectores de la Primera Parte y organizan acciones -cierto- en tren de broma- en directa relación a lo leído. Dentro de los marcos del libro cervantino, leer es el comienzo de una serie de acciones. Allí claramente leer no se acaba en la recepción pasiva de algo "dado"; es algo que potencialmente tienen múltiples consecuencias. Y, más aún, la lectura -la del manuscrito de Cide Hamete Benengeli, la del Quijote de Avellaneda- es consustancial a la producción de El Quijote mismo. La obra misma no sería otra cosa que un "efecto" de la lectura de un manuscrito árabe. En un cierto sentido operatorio. El Quijote nos da a leer "el acto-de-leer; como un complejo reticular a la vez significativo y activo; como un conjunto donde leer y actuar se complementan y confunden, ya sea para escribir libros, atacar molinos, o transformar el mundo. bajo este diseño, la lectura apa-

Ensayista, crítico literario, profesor universitario, Doctor en Letras, nacido en Oruro. Constituye uno de los pensadores de vanguardia más importantes del país. Su vasta obra abarca no sólo una reflexión renovada y científica sobre el hacer literario, sino también sobre temas disímiles como el arte, el fútbol y la propia política. Con estudios en EE. UU., Lovaina y Alemania, obtuvo su doctorado con una tesis sui géneris: "Algebra y fuego, lectura para Borges". A partir de una formación sólida en teorías literarias, semiótica y filosofía del lenguaje, su obra es un pilar fundamental del pensamiento estético y social boliviano. Ha publicado "Elementos de Semiótica Literaria", "Teorías de la Lectura", "Ensayos y Lecturas" además de otros; igualmente tiene una

vasta cantidad de artículos y ensayos circulando por revistas nacionales e internacionales. Agudo estudiante de René Zabaleta Mercado, otro orureño entrañable, de quien publicó un libro. Luis H. Antezana, más conocido como "Cachín", como pocos, ha dotado de una complexión sólida la crítica literaria boliviana, ejercitando hermenéuticas reveladoras que, obviamente, también se merece la escritura creativa de nuestro país.



rece como un mediador entre el universo significativo de los libros y el universo pragmático de la realidad social. Leer sería, pues, el necesario eslabón de una cadena que iría del universo ficticio de los seres imaginados hacia el de la realidad social. Leer, en este caso, es un acto entremezclado con otros.

Evidentemente, esta lectura parte significación y parte acción está nomás "representada"; en El Quijote; es decir, es también algo que se queda en los límites de un libro. Más allá de los modelos representativos, las TL actuales se interesan sobre todo en los componentes pragmáticos -"reales"- que juegan en torno a la lectura. las lecturas inscritas al interior de un libro, como en El Quijote, les parecen indicadores válidos pero no suficientes de cómo el leer condiciona la naturaleza del libro mismo. Se diría que les interesa, sobre todo, desarmar el mecanismo de la lectura y ver cómo se entrecruzan ahí dimensiones significativas y dimensiones pragmáticas, cómo las palabras se desplazan en acciones y viceversa. Con todo, la referencia a El Quijote nos permite introducir una de las características dominantes en el hacer actual de las TL: la marcada atención a las dimensiones pragmáticas afines al acto-de-leer.

En un sentido amplio, la pragmática se refiere a todo aquello que quedaría fuera de un texto, considerado éste autosuficiente. La pragmática cubre, entonces, todos aquellos factores llamados "extra-textuales", tales como el entorno de la recepción de un texto; lector, condiciones lingüísticas vigentes, aspectos sociales, etc. Junto a esta noción general, hay algunas más preciosas, más sistemática definidas. A este respecto, la noción de pragmática propia a la semiótica me parece no sólo un criterio frecuentemente utilizado sino también una especie de "modelo" que guía los trabajos volcados a estudiar los aspectos pragmáticos del texto literario. En su Foundations of the theory of signs (1938), Ch. Morris distinguió tres niveles semióticos: el nivel sintáctico, el nivel semántico y el nivel pragmático de los signos. El nivel sintáctico estudia las relaciones de los signos entre ellos; el nivel semántico, las relaciones de los signos con sus referencias; y el nivel pragmático las relaciones de los signos con sus interpretantes -o sea, con los usuarios de los signos y, por medio de ellos, con el más amplio entorno. Al destacarse las dimensiones pragmáticas relativas a los textos literarios, se utilizan los dos sentidos arriba diseñados: el sentido amplio más general y vago, y el sentido más preciso propio a la semiótica, cuando se sistematizan las descripciones. En grueso, las referencias a la pragmática se dejan caracterizar dentro de estos dos usos mayores -dominantes.

Volviendo un poco sobre un párrafo previo, esta marcada atención hacia el papel de lector, hacia los efectos pragmáticos de la lectura, hacia el acto-de-leer, puede situarse, en principio, por contraste con el previo tratamiento formal del texto literario. Llamemos "formales" a todas aquellas preocupaciones teóricas que buscaron aislar al texto literario y, mediante variados instrumentos conceptuales, buscaron darle el estudio de un objeto-formal capaz de ser estudiado en sí mismo, atendiendo sobre todo a las relaciones formales perceptibles y analizables al interior del mero texto, abstrayendo -i.e., dejando a un lado- aspectos contextuales como, por ejemplo, el lector, el autor, el contexto referencial, el contexto histórico, etc. En pocas palabras se trató de constituir una teoría de la

literatura observando y analizando "lo más objetivamente posible" el texto literario "quimicamente puro", como se puede decir. En esta perspectiva, los estudios literarios asumen el gesto científico que limita su estudio al mínimo controlable, reteniendo sólo los elementos necesarios y suficientes (pertinentes), dejando a un lado los "factores secundarios". En el caso de los mencionados formalismos literarios, se diría que el objeto de estudio es la página escrita tal como aparece inmediatamente frente al lector-investigador, minimizándose o excluyéndose otros factores al declararlos -no siempre arbitrariamente, por supuesto- "extra-textuales".

Este lector-investigador, pongamos por ejemplo imaginario, toma una obra, la aísla de factores extra-textuales no pertinentes, distingue los elementos constitutivos del texto de acuerdo a su perspectiva teórica, articula las relaciones que los elementos escogidos entretienen entre sí y proponen finalmente un modelo formal del funcionamiento o la estructura a la que obedecen esas relaciones. Como se ve: una labor que, pese al carácter caricatural de nuestro diseño, podría aproximarse con un buen grado de aceptabilidad a modelos epistemológicos del hacer científico formalizante (Poincaré: "Cuando nos preguntamos cuál es el valor objetivo de la ciencia, eso no quiere decir: ¿la ciencia nos hace conocer la verdadera naturaleza de las cosas?, más bien quiere decir: ¿nos hace ella conocer las verdaderas relaciones entre las cosas?").

Pero aún aquí se podría preguntar uno, ¿no hay acaso ya un lector que está leyendo un texto, aunque le busque sus relaciones formales? ¿No juega ya aquí una lectura, el acto-de-leer un papel crucial? ¿Las relaciones funcionales o estructurales que se presentan al final del procedimiento no implican acaso ese papel intermediario del lector? Ciertamente, sí, hay algo aquí que se parece a un lector, pero, en rigor, no es tal. Este lector-investigador no es, como se puede creer, una persona que lee y que, mal o bien, participa con el texto en un confrontamiento o en un diálogo silencioso. Más bien, este lector-investigador, buscando el más alto grado de objetividad posible frente a su objeto de estudio, puede ser considerado como una "teoría" mirando (observando, analizando) un fenómeno, en este caso, un fenómeno literario. Bajo los espejuelos de esta su teoría, el lector-investigador no lee según sus impresiones o reacciones, lee según los criterios del aparato teórico elegido y se "controla" de acuerdo a ellos. Unos leen con 8 dioptrías, otros con 10; unos leen en "blanco y negro", otros en colores; pero, en todo caso, las categorías que rigen esas miradas se hallan explicitadas en una teoría o, por lo menos, en unas hipótesis de trabajo. De ahí que, cuando se trata de confrontar, comprobar, falsificar los resultados de estas lecturas, no entra tanto en juego la relación texto-lector como la relación epistemológica que la teoría entretiene vis-á-vis los fenómenos que estudia, o en el caso de divergencias respecto al texto analizado, entra en juego el confrontamiento entre teorías alternativas, como diría Th. Kuhn. En otras palabras, la lectura concreta, el acto-de-leer, ha sido absorbida y superada por una dialéctica entre la teoría y el objeto de estudio. El lector, en este caso un lector-investigador, es en rigor una instancia abstracta que, en principio por lo menos, sólo es un relés entre la teoría y el hecho estudiado. sus semejanzas con los lectores comunes y corrientes son mera coincidencia.